

# Antropología Ecuatoriana

1983 - 1984

Nos. 2 - 3

PUBLICACION DE LA SECCION ACADEMICA  
DE ANTROPOLOGIA Y ARQUEOLOGIA DE  
LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA



EDIT. CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA - QUITO - 1984

## TULIPE, UN RECINTO SAGRADO EN LA MONTAÑA ECUATORIANA

Frank Salomon y Clark Erickson

Informes contradictorios sobre la gente llamada "Yumbos", habitantes de un cinturón de bosque nublado en la ladera occidental del volcán Pichincha, corren como un oscuro contratema a través de la historia de los Andes septentrionales. Primero los Incas y luego los españoles escogieron el valle interandino de Quito, que forma una meseta fresca y clara a una altura cercana a los 2.700 metros sobre el nivel del mar, en el lado Este o tierra adentro del Pichincha, para sus ciudades imperiales. Unos y otros consideraron a los aborígenes de la caliente y tupida selva occidental como salvajes indignos de prestarles cualquier atención.

Esa, por lo menos, es la versión "oficial", en la cual se han basado las historias convencionales. Un Inca habitante de Quito, Matheo Yupanqui, convenció al cronista Cabello Valboa que, para los Incas, lidiar con los Yumbos era meramente un ejercicio de entrenamiento. Fue durante una tregua en la guerra dinástica Inca de los años 1530, informó, que un ejército Inca "hicieron jornadas contra las Prouincias de los Yumbos; y auiendo vencido y sugetado, aquellas desnudas gentes, y conocido su pobreza y poco valor se boluieron a el Quito". Pero en ésta, como en varias otras instancias, los informantes Incas exageraron el dominio del imperio sobre los habitantes de la selva. Cuando el soldado-cronista español Cieza de León viajó por el Camino Real Inca, "oyó de una cierta ramificación del camino que iba de Quito" a los montes de Yumbo, en los cuales están unas poblaciones, donde los na-

turales dellas son de no tan buen servicio como los comarcanos a Quito, ni tan domables, antes son más viciosos y soberbios". Aún antes de la visita de Cieza, dos expediciones importantes habían partido de la recién fundada ciudad española hacia el laberinto de cordilleras menores que se ramifican, desde Piedincha hacia el país Yumbo, solo para sufrir horriblemente y sin provecho alguno. Más tarde los españoles quienes tuvieron encomiendas en la zona Yumbo, trataron de movilizar un ejército para hacer efectivos sus títulos, hasta ese momento vacíos, pero la reputación de los Yumbos ya era tan mala que el Cabildo no quiso relacionarse en forma alguna con el plan. Aún cuando incitados por el eterno espejismo de una vía corta hacia la Provincia de las Esmaraldas, los españoles fracasaron repetidas veces en penetrar permanentemente el país Yumbo, mucho menos colonizarlo.

Sin embargo la "leyenda negra" acerca de los Yumbos es solamente una de las facetas de una tradición plenamente ambivalente, cuyo otro lado es el énfasis en su gran prosperidad. Cieza mismo concedió que el salvajismo de los Yumbos no se debía a su pobreza, sino al goce del "mucho regalo" de la naturaleza que los hicieron ricos y temerarios. En verdad, los serranos de todos los grupos étnicos, a pesar de lo que dijeran acerca de los Yumbos, en la práctica apreciaban sobremanera el acceso a los productos Yumbos. Cuando los señores de la población aborígen no-incaica cercana a Quito fueron entrevistados en 1559, dijeron que sus subditos habían confiado siempre en los Yumbos para el abastecimiento de sal, ají y algodón, siendo todos éstos productos de primera necesidad. Así pues, las asociaciones con los Yumbos constituyeron un enlace indispensable para la solución pre-incaica al imperativo "vertical", o sea, el problema del abastecimiento de productos provenientes de zonas ubicadas a diversas alturas. Los Yumbos mismos eran agentes activos de este tráfico, transportando oro, pescado seco, y la tan apreciada sal, rica en yodo, de los manantiales de la cordillera. Los puntos terminales de sus caravanas se hallaban en los valles interandinos y en la costa pacífica. Ciudadelas Incas como Quito normalmente tenían, o por lo menos pretendieron tener, un sistema completo de autoabastecimiento que podía suplantar el tráfico libre. Aún así los Incas de Quito se abstuvieron de prohibir el intercambio entre Yumbo y serrano, y bajo su régimen los matrimonios

Yumbo-serranos, probablemente con padrinazgo político, eran numerosos.

Seguramente los Incas debieron haber cultivado relaciones pacíficas con "aquellas desnudas gentes", porque bajo los choques de la invasión española, fue hacia las tierras Yumbas, y no hacia aquellas de las más "civilizadas" poblaciones de la sierra, que los desesperados nobles de Cuzco huyeron. Durante los primeros días de la invasión "la buena gente (entre los Incas) andava en los Yumbos e ... la flaca quedavan en este pueblo (i.e. Quito)", como recordaba un conquistador. Una parte considerable de la guerra de conquista tuvo lugar en la selva occidental. Aún treinta años más tarde, un explorador en las lejanas tierras bajas del occidente oyó noticias de "la laguna donde dicen que estan recogidos ciertos Ingas que bajaron de Quito cuando entraron los españoles". A diferencia de las otras naciones occidentales, los Yumbos aceptaron la dominación española, pero mostraron afrenta cuando resultó que la misma estaba ligada al tributo. Este comportamiento probablemente refleja anteriores relaciones con los Incas.

Los españoles por supuesto pensaron que tal actitud mostraba una "falta de razón", pero no dejaron de admirar, y luego expropiar, los "muchos regalos" de los Yumbos. Anualmente recaudaban en cada comunidad grandes cantidades de mantas de algodón de un tejido distintivo y suntuoso, así como camisas, chales, toldillos, pañuelos y centenares de "ovillos de hilo más grandes que la cabeza". Fardos de algodón en bruto eran tomados también, y esto puede haber sido un estímulo para el posterior surgimiento de Quito como el centro de la industria textil de Sur América. Más allá de la riqueza textil los Yumbos fueron presionados para entregar innumerables frutas, miel, medicinas, pieles de animales, maderas raras y oro. En la década de 1560, los Yumbos participaron en los mercados nativos de Quito con tejuelos evaluados hasta en mil ducados.

La riqueza de los Yumbos provenía no solamente de los dones de la naturaleza, sino también de la estratégica posición geográfica del país Yumbo. Estaban asentados en una vía de acceso crucial que conectaba la población cultivadora de maíz y tubérculos de los altos valles interandinos, y los pueblos marítimos como los Pumá, Huancavilcas y Manta, cuyas flotas de balsas iban y venían miles de kilómetros

sobre el Pacífico con cargamentos de vestidos, joyería y conchas sagradas (mullu o sea *Spondylus*, la ostra espinosa). Aunque la distancia aérea entre los valles interandinos y los puertos marítimos equivale a sólo unos 200 kilómetros, dos obstáculos impidieron el contacto directo entre los mismos. Uno de ellos fue la hostilidad de las étnias de las llanuras del litoral, como los Niguas, quienes viven entre el país Yumbo y el mar, y quienes hostigaban el tráfico, posiblemente para el saqueo. Los Yumbos, conocidos por mantener relaciones estrechas con las poderosas naciones de la costa, gozaban de un tránsito relativamente seguro a través del país Nigua.

El otro obstáculo que favorecía la economía de los Yumbos era el efecto de cuello de botella de la topografía de la cordillera. Desde Quito hay un limitado número de pasos que permiten a los viajeros salirse de la cordillera sin tener que ascender a los fríos páramos (estepa húmeda de altura), sobre cuyas extensiones heladas y lloviznosas más de un cargador murió bajo su bulto. Estos pocos pasos favorables — las “bocas de montaña” — se abren hacia paisajes de una aspereza intimidante, donde los viajeros deben primero penetrar las arduas espesuras de la alta “ceja de montaña”, para luego encontrar el camino hacia abajo por las escarpadas paredes de la cordillera andina occidental, a través de una selva tan densa, que uno solo puede ver algunos metros adelante. Cerca de los 1.600 metros sobre el nivel del mar los afilados y arrugados picos verde-negrucos de la montaña, se transforman en un paisaje de cerros ondulados y ramificados, de pequeñas mesetas, y de valles de ríos rápidos con estrechos bancos de aluvión. Es en estos valles donde los senderos desembocan. Controlando los terminales bajos de tales pasos, los Yumbos aparentemente dominaron una peligrosa pero singularmente lucrativa posición en la red de la economía transcordillerana.

Hoy en día el pueblo Yumbo como étnico parece estar extinto. En fecha tan temprana como la década de 1560, epidemias de enfermedades europeas habían asolado al país Yumbo, mientras que los ataques de las guerrillas Nigua, provocados por la colaboración española-Yumbo, empeoraron la crisis. Medio siglo más tarde un cura informaba que menos de mil Yumbos, de una población que había sido una vez cercana a 15.000, llevaban una mísera existencia, como cortadores de

madera, cargadores y productores de guarapo. El sistema tributario que exigía este trabajo no proveía los medios tecnológicos para facilitarlo. Los cargadores Yumbo soportaban cargas de 46 kilos hasta 100 kilómetros sin relevo, y los leñadores Yumbo cortaban árboles de madera dura, que cuatro hombres podían apenas abrazar, en tablones, no usando sierras sino hachas pequeñas, de modo que “solo una tabla cuesta mucha sangre y sudor”. Las agonías posteriores del pueblo Yumbo no las conoce todavía la historia. Hacia 1800 todavía existían como un grupo diferenciado. La población remanente puede eventualmente haberse fundido con otras, o puede, como una leyenda local dice, haber emigrado en masse. Hoy en día la palabra “yumbo” sobrevive tanto en Quichua como en español, como un término despreciativo para los indígenas habitantes de la selva en general, pero no sabemos quienes son los verdaderos descendientes vivos de estos antiguos caravaneros de la selva.

No obstante sabemos, con alguna precisión, en donde vivieron ellos. Los Españoles estaban lo suficientemente interesados en las riquezas Yumbas, las guerras de las tierras bajas, y la ruta hacia el mar, como para dejar itinerarios detallados y otros registros que nos permiten localizar, entre las vastas y en su mayor parte escasamente pobladas extensiones del país Yumbo, los pocos subsistemas fluviales que albergaban al grueso de la población. Muchas de estas zonas centrales Yumbos han sido por mucho tiempo tan poco pobladas y tan densamente cubiertas de selva que es aún hoy extremadamente difícil detectar los restos materiales. Uno de ellos sin embargo — el que está situado a lo largo de la avenida de tráfico intra-indígena que ligaba las tierras altas con el río Esmeraldas y los ricos asentamientos marinos de la costa norte — empezó a finales del siglo (XIX) a atraer un movimiento de colonización espontáneo por parte de los mestizos serranos, de Quichua-hablantes, y de los campesinos costeños, quienes han repoblado los viejos centros Yumbos de Nanegal, Gualea y Pacto. (Ver mapa). Estos advenedizos trajeron consigo dos innovaciones que abrieron la vía para una búsqueda de los restos materiales de los Yumbos y de sus ancestros; primero, una carretera moderna; y segundo, los sistemas agrícolas que han removido suficientemente la capa vegetal pa-

ra revelar los provocativos perfiles de lo que una vez fue un santuario imponente.

Uno de los autores (Salomon) vio por primera vez este complejo durante un reconocimiento realizado en julio de 1978 de los sitios mencionados en la documentación colonial. Aunque solamente unos 40 kilómetros aéreos separan Quito del país Yumbo, esta región (como casi toda la montaña occidental) era una laguna en la literatura arqueológica. No obstante, los colonos, misioneros y niños estaban bien enterados de que la región está cargada de antigüedades, fácilmente señalaron el complejo de ruinas localmente llamadas "las piscinas del Inca", en el caserío de Tulipe. Limpiado y replantado con árboles frutales en una ocasión, el complejo había vuelto a cubrirse con helechos, enredaderas y pequeños árboles; solamente al entrar dentro de las ruinas semisubterráneas y al cortar la nueva capa vegetal, aparecieron a la vista las paredes de piedra rústica originales. Afortunadamente el hacendado dueño del sitio, el Teniente en retiro Eustorgio Rosero, había custodiado celosamente las ruinas contra el pillaje durante varias décadas. Debajo de la vegetación, su estado de conservación era admirablemente bueno.

El Teniente Rosero y el director del Museo Arqueológico Nacional del Ecuador, Arq. Hernán Crespo Toral, reinspeccionaron el sitio el mes siguiente, trazando planes para una expedición de limpieza y levantamiento cartográfico. En el invierno de 1978-79, los coautores, apoyados por la Universidad de Illinois, emprendieron estas tareas y la exploración de los alrededores de las ruinas. Ya que la expedición era un esfuerzo preliminar limitado, dirigida a documentar la extensión y condición de las ruinas y no a resolver problemas específicos, no se emprendieron excavaciones, ni fue de manera alguna alterado el nivel del suelo, de escombros y relleno actual.

El por qué Tulipe debió haber sido un sitio sagrado no es evidente a primera vista. Ocupa las riberas de un pequeño río rápido no navegable que lleva el mismo nombre, tributario del drenaje Guayllabamba-Esméraldas en su medianía. Esta situado directamente en la ruta de la moderna carretera a Quito; y los vestigios de un antiguo camino para peatones y tráfico animal, que de acuerdo con los residentes más viejos de la zona era la ruta principal a Quito hasta los años 1920,

también cruza la aldea. Pero en estos sentidos se asemeja a otros lugares Yumbos. Hay que contemplarlo dentro de un marco geográfico más amplio para captar su idiosincracia. Las ruinas se encuentran alrededor de los 1500 metros sobre el nivel del mar —en la mitad de la distancia vertical de una jornada desde el Pacífico al borde de la altiplanicie de Quito— y, de acuerdo con las descripciones de los tempranos viajeros españoles, cerca de medio camino desde Quito al mar en términos de tiempo transcurrido. Las ruinas además están tan cerca de la línea equinoccial ( $0^{\circ} 0' 99''$ , una desviación de nueve kilómetros), como para sugerir fuertemente que los arquitectos deseaban destacar lo que los modernos ecuatorianos llaman, cuando ellos hablan de su propio monumento, "La mitad del mundo". Ha sido sugerido que la alta estima que los Incas tenían por Quito brotó de su veneración por el divino sol, cuya residencia **par excellence** sería la línea equinoccial. Pero Quito está a unos 24 kilómetros de la línea, así que en términos estrictamente geográficos Tulipe representaría un intento más preciso (sorprendentemente preciso, considerando los medios tecnológicos) para establecer un verdadero centro cosmológico.

La parte más llamativa del complejo Tulipe es un grupo de patios o canchas semisubterráneas de formas complejas y variadas, sus paredes presentan trabajos de manpostería con piedras de río en bruto, cuyo diámetro más grande varía entre 30 y 60 centímetros; son cuidadosamente puestas pero sin argamasa. Las piedras están colocadas en hileras regulares, con su parte más plana expuesta, y las paredes se inclinan suavemente hacia adentro desde arriba hacia la base. Sin una excavación no fue posible asegurar la profundidad original de las estructuras, ni si las ruinas estaban pavimentadas. Hoy en día tienen una profundidad de cerca de 2,0 a 2,2 metros. No obstante el apodo de "piscinas", todas permanecieron completamente secas a pesar de la considerable precipitación pluvial de enero. Se dice que ellas recogen agua solamente después de los aguaceros más fuertes de la estación húmeda. En uno de los casos, se encontró el rastro de un posible canal de desagüe, pero ninguno de un canal abastecedor.

El método general de construcción se parece al de los templos subterráneos en Perú y Bolivia, del horizonte temprano (Chavín) y horizonte medio (Tiwanaku). La tierra excavada para abrir los patios

ahondados parece haber sido amontonada para crear un bordé plano ligeramente elevado. En Tulipe, donde el aluvión de las colinas vecinas al río hubiera erosionado rápidamente tal estructura, una pared de retención de piedra, o posiblemente dos, protege el lado que da hacia el río y crea un cimiento nivelado para el recinto principal.

Cuatro de los patios hundidos parecen formar parte de un mismo conjunto, ya que están alineados de manera que encajan dentro de un solo rectángulo cuyas proporciones generales se asemejan a aquellas de las estructuras componentes individuales (ver las figuras 2 y 3). De los cuatro componentes, arbitrariamente designados estructuras 1-4, dos son semicirculares y dos rectangulares, pero todas emplean la misma unidad modular de 11.5 metros, y todas siguen la convención que la medida mayor es dos veces el ancho. Cada una contiene además un par de plataformas o rampas salientes (el par de plataformas-rampas puede ser también convencional, pero se hace difícil determinarlo debido a la erosión y derrumbamiento que sufrieron estas salientes luego de su abandono). En ambos semicírculos están una frente a la otra en un radio perpendicular al diámetro de la pared rectilínea. En un rectángulo ellas están una frente a la otra en el eje largo, en el otro caso en el corto.

Cerca del complejo cuadripartito se halla una construcción redonda, la estructura 8 (ver la figura 4) cuyas dimensiones son tales que podrían representar exactamente una yuxtaposición de las dos ruinas semicirculares. En el centro exacto de esta majestuosa estructura extranjera, semejante a un anfiteatro, se halla una construcción elevada, semejante a un púlpito o altar, conectado a la circunferencia por una angosta calzada de piedra. Alrededor de toda la pared de la circunferencia, a cerca de un metro de la superficie, hay un borde suficientemente ancho como para sentarse en él. La orientación de la calzada es 55° nor-este; lo mismo que los ejes principales del complejo cuadripartito.

Las estructuras 5 y 6, también cerca del complejo cuadripartito, representan extremos de simplicidad y complejidad. La estructura 6 es un simple trapezoide sin rampa, mientras que la estructura 5 es una figura enigmática de dieciocho lados que hace pensar, quizás, en un icóno animal.

La estructura 7, la más pequeña y la más fina en su acabado ha sido vandalizada. A juzgar por la mitad que está bien conservada, parece que fue una doble estructura subterránea cuyas cámaras estaban divididas por una pared de piedra quizás solamente a la altura del pecho. Cada cámara es rectangular. Tiene un borde de cerca de 1.5 metros debajo del presente nivel del suelo y lo que parece ser un nicho en la pared larga.

A una serie de muros o terrazas de contención en piedra, en la pequeña colina frente al complejo cuadripartito, le fue dada la designación de estructura 10. De estas paredes dos están en buenas condiciones. Originalmente eran las mismas partes de un completo sistema de terrazas engradas desde el complejo cuadripartito hasta la cima de la colina. La construcción de carreteras ha destruido la parte baja de la serie de graderías.

En la cima de esta pequeña colina, la limpieza de la tierra para cultivos de caña de azúcar trajo a la vista una pirámide truncada rectangular o, como los prehistóricos montículos o túmulos son llamados a través del Ecuador, una tola, la cual resultó ser la primera de una galaxia de trabajos relacionados en todos los alrededores de Tulipe. A diferencia de las estructuras semisubterráneas, que no tienen relaciones obvias con otros momentos de los Andes del norte, las tolas de Tulipe pertenecen a un género de monumentos omnipresente (con variaciones regionales) en varios sitios prehistóricos desde la costa del Pacífico hasta los tributarios del Amazonas. Esta pequeña tola, la estructura 9, (ver figura 5) es en cierta manera un ejemplo clásico de su género, con su rampa moderadamente inclinada, pliegues precisos, y una cima perfectamente plana. Solamente en su accesorio trasero se diferencia mucho de las innumerables tolas de las tierras altas del norte. La línea de perspectiva descendiente de la rampa apunta hacia el centro del complejo cuadripartito, lo que sugiere que la estructura 9 fue construida simultáneamente con ella, o fue adicionada más tarde con la intención conciente de enmarcarla en la tradición cosmológica que los patios sumisubterráneos expresan. En efecto las muchas convenciones de dimensiones modulares, relaciones proporcionales, temas geométricos y orientación geográfica, fuertemente indican que el Tulipe nuclear era, o un centro construido bajo un solo plan unificado, lo que

habría implicado una mayor movilización laboral dentro de un período relativamente corto, o alternativamente la existencia de un culto u organización perdurable que gradualmente realizó un conjunto de principios de diseño con terca continuidad.

Las tolas en otras partes del Ecuador normalmente se producen en grandes agrupaciones. Y en efecto, mientras que uno mira desde la cima de la estructura 9, las distintivas siluetas de las tolas en todos lados interrumpen el perfil de las serranías que rodean a Tulipe.

Un reconocimiento a pie, a caballo y en jeep fue emprendido para examinar las pirámides que coronan a casi todas las colinas o serranías en el valle del río Tulipe. Algunas de esas, aunque obvias desde la distancia, resultaron ser difícil de rastrear debido al sofocante laberinto de vegetación. Aún así, pronto se hizo claro que el pequeño valle de Tulipe alberga una sorprendente diversidad en el conjunto de variaciones en el tema "tola". Los montículos más pequeños son tiras alargadas, rectangulares o en forma de T, en laderas cultivadas. Hay pequeñas tolas con rampas, de formas clásicas, de menos de dos metros de lado, y gigantescas tolas, de lados empinados de hasta diez metros de alto, que son visibles a grandes distancias. Casi todas las tolas, grandes o pequeñas, están localizadas en las cimas o espaldones donde comandan una vista dramática y donde no ocupan tierra apta para agricultura. El número total de tolas es enorme. Desde Gualea hasta Nanegalito uno raramente pierde de vista a por lo menos una. No se hizo ningún intento para inspeccionarlas todas o siquiera contarlas. En cambio, la atención fue centrada en documentar unos pocos ejemplos de la peculiar complejidad del diseño de las construcciones en tierra en el área de Tulipe.

Al contrario de los habitantes de las tierras altas, quienes al construir vastos agrupamientos de tolas en un período estimado por varios investigadores de c. 750 A.D. o c. 1:250-1:550 A.A., impusieron un diseño y una orientación casi uniforme en todas las tolas de un determinado grupo, los constructores de Tulipe prefirieron ejecutar un conjunto de variaciones sumamente heterogéneas. De éstas, tres están diagramadas abajo. El grupo de **Las Tolas de Cortez** contiene pirámides con cero, una y dos rampas; el grupo **Porvenit** (ver la figura 6) consiste en pirámides compañeras con una plaza pavimentada entre ellas; el

grupo de **Las Tolas** (ver la figura 7) contiene una rampa de acceso en forma de espiral y una pirámide en miniatura en la cima de la pirámide principal. En las Tolas un complejo de estructuras semisubterráneas fue destruido por los constructores de una escuela moderna.

Las ruinas de Tulipe parecen pertenecer a una tradición de templos piramidales o sitios ceremoniales muy difundida en Nuevo Mundo. Ciertamente la evidencia de las tolas de sierra septentrional datadas del primer milenio A.D., indica fuertemente un uso ceremonial, incluyendo lo que parece vestigios de casas-templos en sus cimas. En la costa, donde la tradición de montículos agrupados puede ser más antigua (Meggers fecha los de la costa de Manabí en el período de Desarrollo Regional, alrededor de 500 A.C. —500 A.D.), también se ofrecen fuertes indicaciones de funciones ceremoniales. Yaguachi, en las tierras bajas entre el Pacífico y Los Andes, tiene un terraplén gigante el cual es considerado por Meggers como un templo. El padre Pedro Porras ha mostrado que la selva amazónica, en ciertas zonas de montaña ecológicamente similares a Tulipe, pero separadas de ellas por dos cordilleras y los valles interandinos, también exhiben un complejo distintivo de elaborados terraplenes revestidos de piedra con implicaciones sagradas.

Es difícil de cualquier forma, adivinar para que clase de ceremonias pueden haber servido las tolas. Los modernos residentes de Tulipe piensan que son tumbas, y muchas dan sido perturbadas por huaqueros en búsqueda de ofrendas funerarias. Pero la gente local consideran que los hallazgos son escasos, en comparación con la magnificencia de las pirámides. Es posible que el uso de las tolas como sepulturas sea posterior a la extinción o partida de sus constructores originales.

Quedan preguntas difíciles en cuanto a cuándo fueron construidas las estructuras, cómo y por quién, con cual combinación de tecnología, organización política, y mano de obra. Para todas estas preguntas la evidencia es todavía extremadamente escasa. Como es corriente en los sitios de la montaña, por la rápida corriente del agua de lluvia, generalmente, los restos habitacionales y cerámicos son muy difíciles de localizar. Escasas cantidades de cerámica utilitaria fueron encontrados en los depósitos de material acumulado por la erosión, al pie de pequeñas colinas naturales o artificialmente niveladas, sugiriendo que éstas



han sido (como siguen siendo) lugares típicos de construcción residencial. Las zonas agrícolas también son difíciles de encontrar. Sabemos por los documentos de archivo que los Yumbos cultivaban maíz de tierra baja, cabuya, yuca, maní, muchas frutas, camote, ají, y una variedad de algodón resistente a la humedad, pero no tenemos los vestigios de sus semillas o herramientas. Así mismo tomará mucho trabajo de arqueología para determinar si Tulipe alguna vez albergó a una densa población nucleada, o si los constructores de los santuarios llegaron desde una área dispersa para cumplir un peregrinaje de trabajo. Es altamente posible que muchos serranos que viajaron al país Yumbo hicieron una ofrenda en forma de construcción o de trabajo de mantenimiento.

Estos temas, a su vez, suscitan preguntas nuevas acerca de la organización de la antigua sociedad de la montaña, que serán investigados en expediciones posteriores. La organización de suficiente mano de obra para construir a Tulipe sin duda implicó una concentración de poder político, pero sea que estuviese constituido por un cacicazgo supremo regional, o por un estado incipiente, o por alguna formación menos familiar, queda por verse. Similarmente el esfuerzo invertido testifica a convicción arraigada de que Tulipe fue el hogar de enormes poderes espirituales, que puede llegar a ser identificable a través de análisis arqueoastronómicos de las líneas de perspectiva y orientaciones del área, por analogía etnográfica, o por el estudio de imágenes o símbolos. La posibilidad de instituciones teocráticas o sacerdotales, generalmente consideradas ajenas a las sociedades selváticas, es intrigante. Las trazas de poder político-económico, en la forma de productos característicos, y aquellas de un culto religioso, en la forma de representaciones o de conjuntos específicos de ofrendas, puede revelar, a través de su distribución regional, la extensión y términos de los contactos de los constructores de Tulipe con otros grupos de su tiempo, y puede, eventualmente, dar una pista acerca del origen y fin del complejo como un todo. Las relaciones entre Tulipe y el estado-religión Inca es un área de investigación particularmente interesante y prometedora.

El camino que empezó con la lectura de un testimonio del siglo XVI sobre los Yumbos, de este modo nos llevó a unas investigaciones más extensas. De hecho, todavía no sabemos si Tulipe constituye un

vestigio de los trabajos de los mismos Yumbos, o de sus ancestros, o de algún otro grupo que ellos quizás desplazaron.

Hasta queda la posibilidad que algunas de las ruinas sean post-hispánicas —que el país Yumbo alguna vez albergó a una población refugiada, continuando la religión andina fuera de la vista del Quito español, detrás de la protectora espalda del Volcán Pichincha. Cualquiera puede probar ser el caso, la esperanza es que investigaciones futuras producirán un cuerpo de información considerable acerca del pueblo que dejó la huella de sus creencias en la topografía misma de un paisaje profundamente transformado por el hombre.

#### LECTURAS ADICIONALES

Excepto por un raro artículo por Segundo León V., "Excavaciones de Tolas Realizadas en la Región de Intag", *Anales de la Universidad Central* (Quito) 293 (1935): 189-205, la única información sobre en arquitectura monumental de la montaña del oeste del Ecuador se encuentra en J. S. Athens y A. J. Osborn, *Investigaciones Arqueológicas en la Sierra Norte del Ecuador* (Otavalo, Ecuador, 1974). Estudios previos importantes sobre la tradición de las tolas en las tierras altas, son: Max Uhle, "Las Ruinas de Cochasquí", *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 54 (1939): 5-14, y Udo Oberem: "Informe de Trabajo Sobre las excavaciones de 1964-1965 en Cochasquí, Ecuador" en su *Estudios sobre la Arqueología del Ecuador*, Bonn, 1975. Angel N. Bedyoya M. sintetiza algunos datos sobre tolas serranas en *la Arqueología en la Región Andina del Ecuador* (Quito, 1978).

La tradición de la tola en el litoral pacífico es explorada en Betty Meggers: *Ecuador* (Londres, 1966) y Marshall H. Saville: *The Antiquities of Manabí, Ecuador* (New York, 1907-1910). Datos relacionados con la montaña amazónica aparecen en Pedro I. Porras G.: *Contribución al Estudio de la Arqueología e Historia de los Valles de Quijos y Misagualli* (Alto Napo), (Quito, 1961), y en Donald Lathrap: *The Upper Amazon* (Londres, 1970). En el artículo de P. Rojas Ponce, "The Ruins of Pajatén" (*Archaeology* 20 (1): 9-17, 1967), en "New Discoveries in the Montaña of South-eastern Perú" (*Archaeology* 21 (2): 108-115, 1968), y en *Las Ruinas del Abiseo* por Duccio Bonavía (Lima, 1968),

se presentan valiosos datos sobre ruinas monumentales en la montaña peruana. Un estudio fácilmente asequible sobre arquitectura de piedra en la montaña peruana en el de Gene Savoy, *Antisuyu* (New York, 1970). Datos sobre los Yumbos se han publicado en *Baeza de los Quijos* por el P. Porras (Quito, 1974: 165-175) y en *Ethnic Lords of Quito in the Age of the Incas* por Frank Salomon (Ithaca, N. Y., 1978).

#### ILUSTRACIONES DEL INFORME TULIPE

(En orden de aparición secuencial)

- Figura 1: Tulipe y las comunidades a su alrededor.
- Figura 2: Localización de las estructuras arqueológicas más notables en Tulipe: A) Estructuras 1-6, B) Segmentos de paredes de retención en piedra C) Estructura 7, D) estructura 8.
- Figura 3: Recinto ceremonial y principal en Tulipe.
- Figura 4: La estructura semisubterránea 8, mostrando la posición y calzada de acceso del "altar" o "pulpito".
- Figura 5: "Tola" o truncado montículo piramidal (estructura 9). Nótese el inusual accesorio trasero. El diagrama insertado muestra la vista idealizada de la "tola" desde el norte.
- Figura 6: Tolas gemelas con rampas dobles en el *Porvenir*. Una plaza pavimentada en piedra está localizada entre las estructuras. Plataformas artificialmente niveladas han sido recortadas de la ladera natural en los costados del montículo piramidal.
- Figura 7: El complejo *Las Tolas*. Este complejo, de imponente volumen y complejidad, está basado en una elevación natural que ha sido nivelada y bordeada con una calzada de acceso ascendiente en forma de espiral. Desde su cima se levanta un cuarteto de plataformas sin rampa y Tolas. Rampas gemelas proveen acceso adicional desde la parte sur este del complejo hasta la elevación natural.

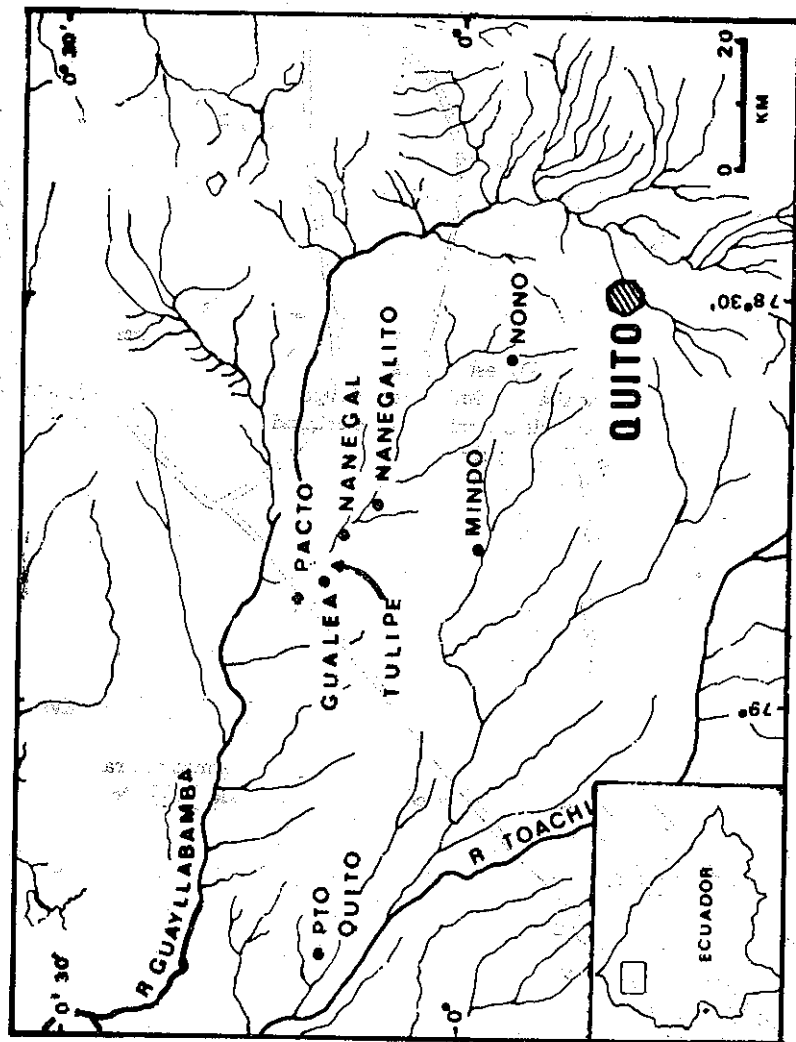


Fig. 1



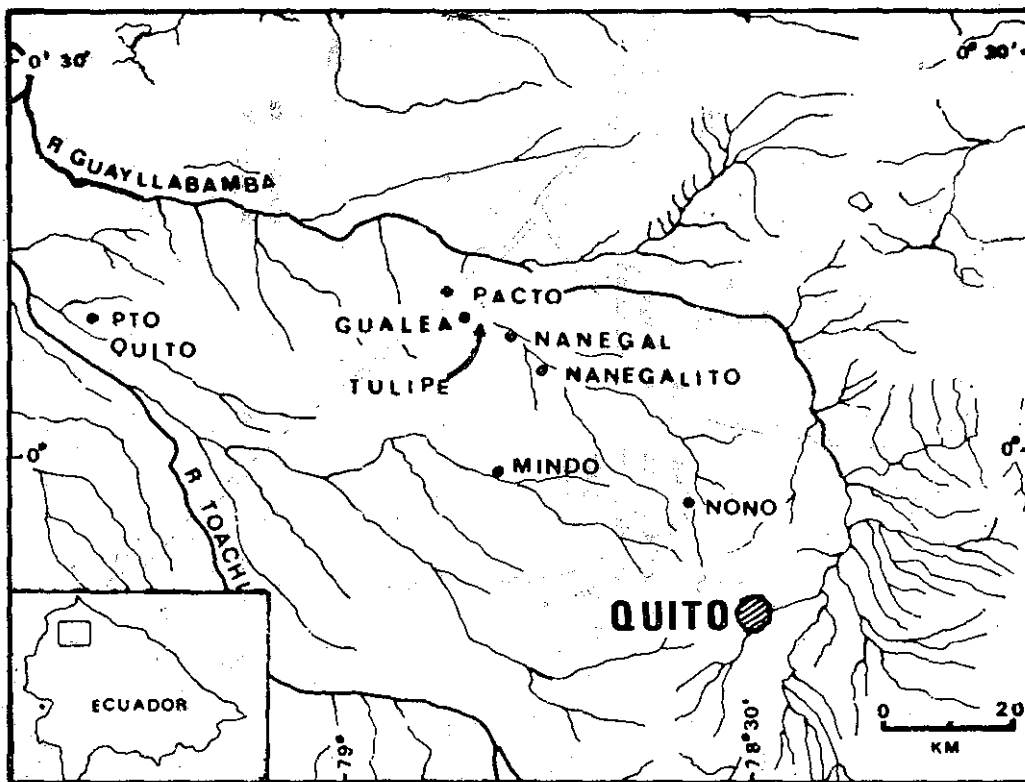


Fig. 1

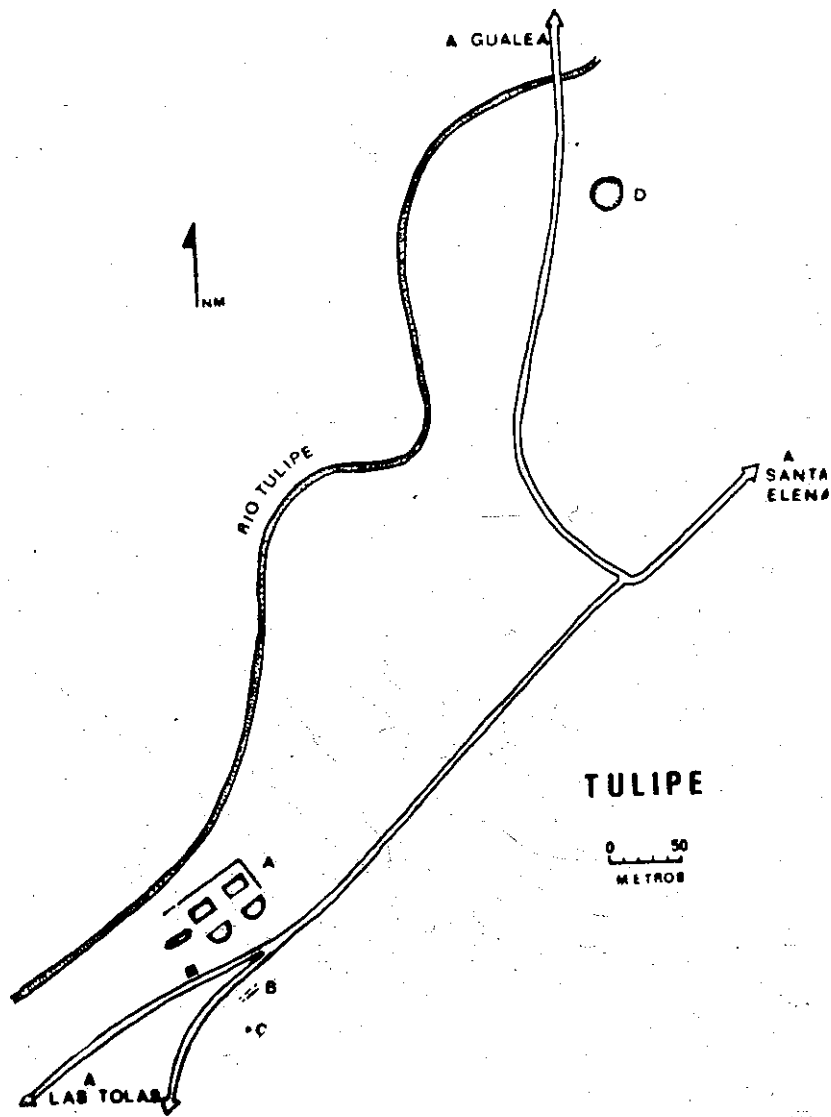
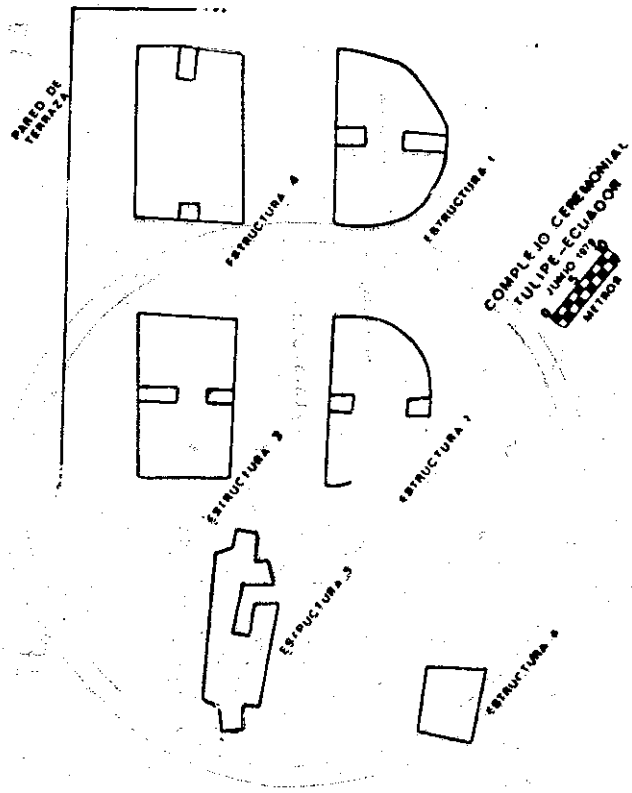
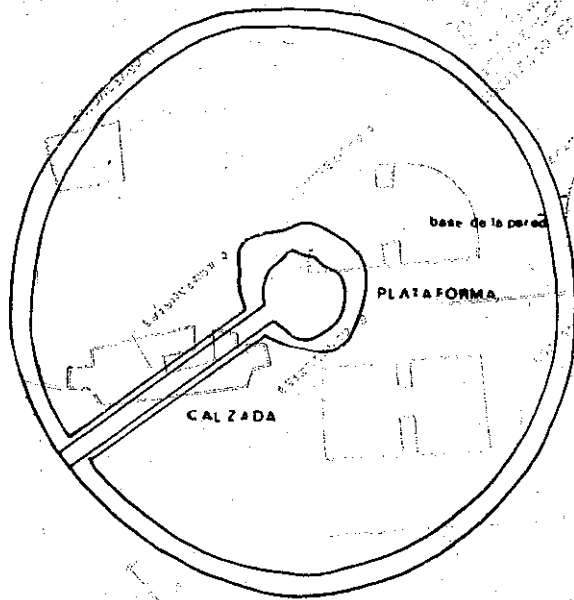


Fig. 2



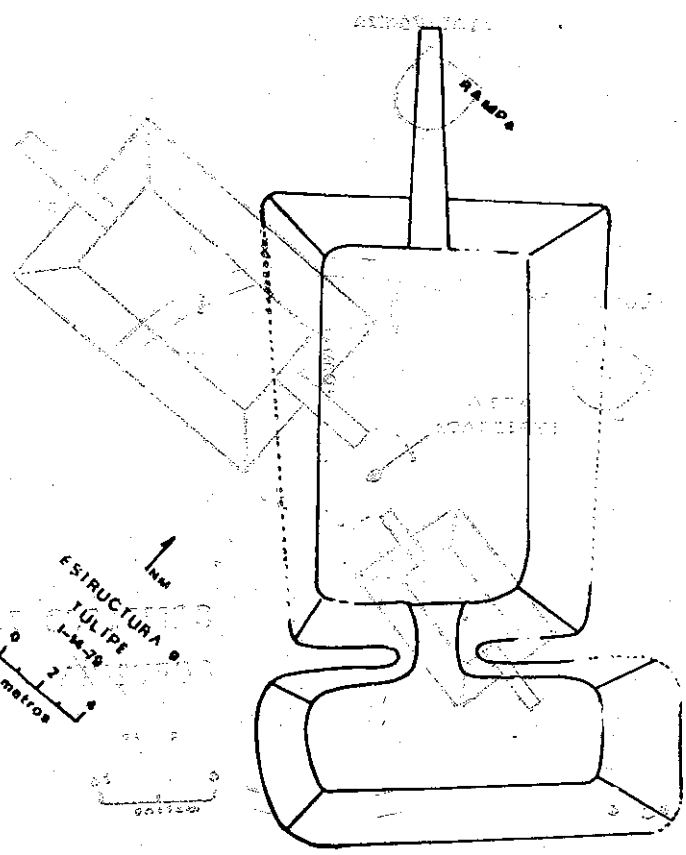


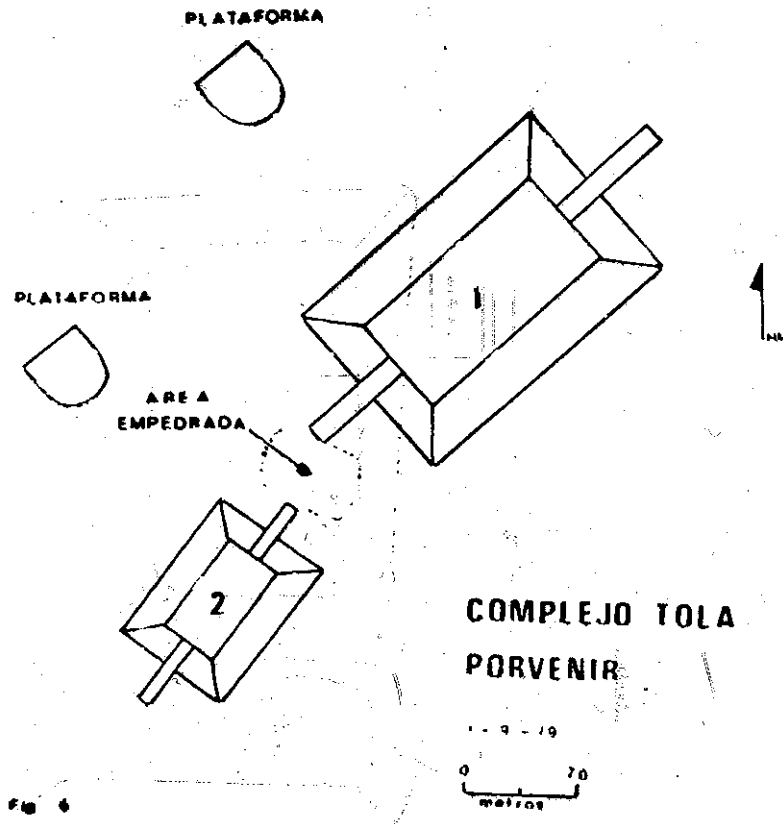
**ESTRUCTURA 8  
TULIPE**

1:5-26



metros





PLATAFORMA

PLATAFORMA

AREA  
EMPEDRADA

2

COMPLEJO TOLA  
PORVENIR

1 - 9 - 79

0 70  
metros

Fig 6

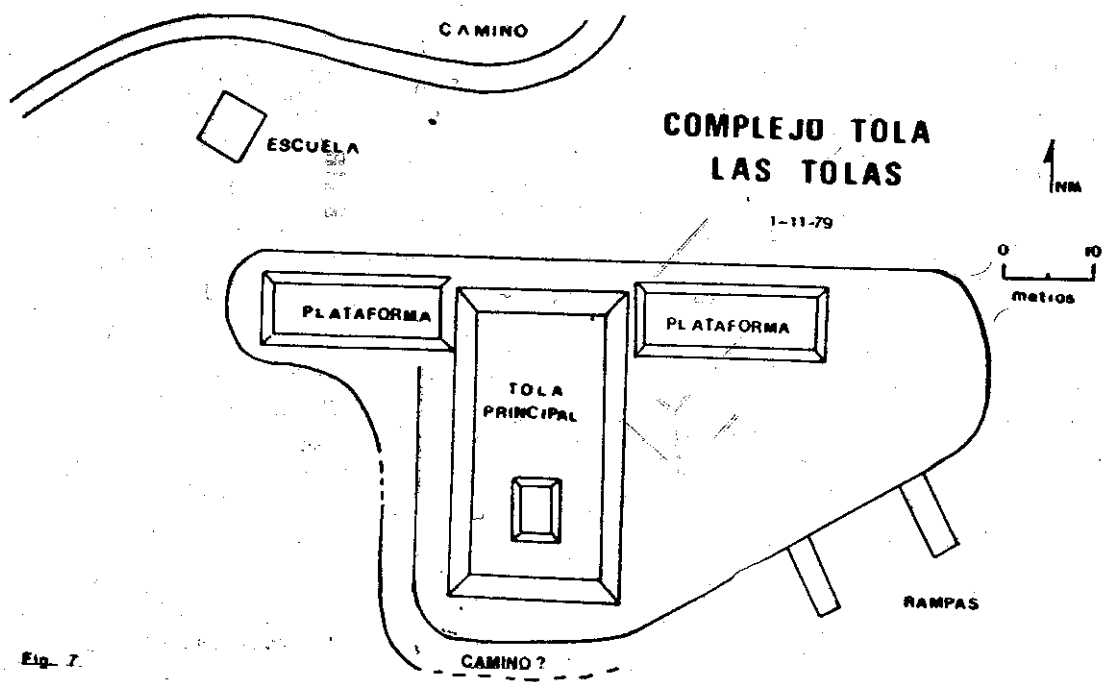


Fig. 7.